

fundó una asociación de mujeres para lograr que se diese un tratamiento más humano a los presos, en especial a los de su sexo; y a sus esfuerzos se debe la abolición del látigo en las cárceles de mujeres.

En el ramo de instrucción fueron enérgicos y generosos apóstoles Bell y Lancaster que con su método de enseñanza mutua dieron el primer impulso al establecimiento y mejora de las escuelas de primera enseñanza.

Gracias a tantos y tan nobles esfuerzos penetró en todas

las clases de la sociedad un espíritu más civilizado y humano y se despertó el deseo de instrucción, a lo cual correspondió y contribuyó la prensa, que empezó a tomar vuelo con la fundación de nuevos periódicos, ya políticos ya instructivos, como la *Edinburgh Review*, la *Quarterly Review*, el *Blackwoods Magazine*. Estos periódicos suponían ya la existencia de un público numeroso, inteligente y deseoso de aprender; lo cual formaba gran contraste con el año de 1814 cuando la capital del reino, Londres, estaba orgullosa de



Lord Byron.

Copia de un grabado en acero por Roberto Grave, sacado del cuadro original hecho por Tomás Phillips

tener seis periódicos diarios y por más señas de pequeño tamaño. Las clases elevadas volvieron a encontrar solaz en la lectura, en lugar de dedicarse exclusivamente a sus cacerías y batidas de zorras, a sus bacanales, al juego y a las carreras de caballos. Una nueva generación de poetas como Southey, Coleridge, Wordsworth, el escocés Walter Scott, creador inimitable de la novela histórica, el irlandés Tomás Moore y otros, soltaron las ataduras de las formas clásicas, impuestas al genio por tradición y la rutina maquina, y escribieron dando libre curso a su estro. Cuanto mayor era su naturalidad tanto más profundos fueron el efecto y profunda la huella que produjeron en el público. Pope fué el último representante del clasicismo. El más grande de los poetas ingleses modernos desde Shakespeare y Milton fué Byron, el cual con su genio titánico é indómita fuerza libertó el espíritu de las ligaduras de la respetabilidad hipócrita y del aparato de etiqueta convencional de la clase elevada y de toda la nación.

Su poderoso genio retó a toda reacción, política y religiosa, é hizo despertar con violentas sacudidas los ánimos sumidos en el letargo de las tradiciones y rutinas petrificadas, que cayeron, con solo tocarlas, reducidas a polvo. El efecto que produjo se sintió hasta en otros países, y en ellos aun con más fuerza que en el suyo propio, contribuyendo mucho a detener la corriente siniestra de la Santa Alianza. Byron tuvo que abandonar su país por haber tenido el atrevimiento de romper los vetustos ídolos de la alta sociedad, que le acusó de haber destruido las bases del orden moral, y confuso y descontento de sí mismo, murió en el extranjero.

Paralelamente a la transformación del espíritu general, efectuóse otra material, que desde mediados del siglo pasado había empezado a dar señales de su existencia con la aparición, desde entonces no interrumpida, de inventos cada vez más asombrosos; como la hilandería mecánica de Hargrave y Arkwright; el telar mecánico de Cartwright, y sobre todo

la máquina de vapor de Watt, que transformaron radicalmente la industria y la manera de producir, relegando el trabajo manual a límites cada día más estrechos sin hacerlo nunca superfluo. Canales, calzadas, puentes y otras construcciones análogas, facilitaron, abarataron y multiplicaron las comunicaciones. En 1812 apareció en el río Clyde el primer buque sin velas ni remos, movido únicamente por la fuerza del vapor de agua comprimido, y doce años después, ciento veintiseis buques de vapor recorrían ya los ríos y costas de Inglaterra. En 1825, la primera locomotora, imaginada y construida por Stephenson, recorrió las primeras vías férreas, las de Stockton a Darlington, y de Liverpool a Manchester. El gas empezó a servir de alumbrado público, y la lámpara de seguridad de Davis hizo posible la explotación de los criaderos carboníferos a grandes profundidades, favoreciendo

al mismo tiempo el consumo creciente de este combustible. Estas invenciones fueron otras tantas palancas poderosísimas de la industria, cuyos productos se habían aumentado ya en cantidades inmensas durante la guerra. Obligado entonces el comercio a darles salida, trabajó a su vez con ahinco, siendo el resultado que en el período de 1793 a 1815 subiera la importación, de veinte, a treinta y un millones de libras esterlinas, y la exportación, de diez y ocho, a cuarenta y un millones.

Este movimiento industrial influyó en la sociedad y en la política de Inglaterra, porque aumentando el bienestar de la clase media y creando grandes riquezas entre sus individuos, aumentó a su vez la importancia y poderío de esta clase y disminuyó proporcionalmente la influencia que hasta entonces habían tenido exclusivamente los representantes de la



Monumento dedicado a Jaime Watt en Birmingham (1827)

riqueza territorial. Así fué paso a paso destruyéndose el monopolio del poder, que se habían disputado hasta entonces en la Gran Bretaña alternativamente los dos partidos whig y tory en que estaba dividida la nobleza. En adelante tomaron parte en el gobierno del país elementos procedentes de una nueva clase media, educada mejor, más instruida, más ambiciosa y más enérgica que la vieja, la cual produjo hombres como Eldon, Romilly y el almirante Exmouth. De esta clase media nació un tercer partido, el de la reforma, en el cual ingresaron algunos whigs de la generación joven, y oradores de la cámara de los comunes como Burdett, lord Cochrane, Brougham, el más eminente acaso del siglo, y Romilly, los cuales fueron los intérpretes é introductores del nuevo partido en la opinión pública, que avanzaba impávida y terrible contra el régimen aristocrático.

Con la grande industria y sus centros fabriles habíase formado una población obrera permanente, numerosa y especialista, una clase especial y nueva, que empujaba a la clase media y pronto se sintió bastante fuerte para intentar por su cuenta combatir al cada vez más aislado baluarte del dominio aristocrático. Guiaban a esta clase jefes propios y de talento como Guillermo Cobbett, editor de un periódico escrito

con habilidad admirable, el *Weekly Political Register*, que se vendía al precio de dos peniques (21 céntimos de peseta aproximadamente) y fué el oráculo y guía de los obreros. Aquel periódico les hizo comprender que no eran las máquinas la causa de su miseria, por lo cual eran también perjudiciales y debían abandonarse todos los excesos y demasías brutales contra ellas, sino que la causa verdadera era el régimen erróneo de gobierno, y el único medio para hacerlo entrar en la vía racional era la manifestación legal y acorde de la voluntad del pueblo, pidiendo una reforma del parlamento con el sufragio universal, dietas para los representantes del país y reuniones anuales de estos. En cortísimo tiempo alcanzó Cobbett sobre la masa obrera un poder casi dictatorial a medida que la miseria se generalizaba; en todas partes se formaron asociaciones reformistas y se organizó una petición general. El talento y autoridad extraordinarios de Cobbett no pudieron, sin embargo, impedir que demagogos de baja ralea provocasen en la multitud ideas subversivas y excesos brutales que fueron atribuidos a Cobbett y a la causa que defendía. Un tal Watson concibió el plan de tomar por asalto la Torre de Londres, intentona loca que fué sofocada al instante; una gran asamblea obrera en Spa-

Fields, en las inmediaciones de Londres, dió lugar á excesos brutales por parte de los obreros necesitados, y finalmente, el príncipe regente, á la salida de la apertura del parlamento, fué apedreado por el populacho en 28 de enero de 1817. Todo esto dió al ministerio el deseado pretexto para proceder enérgicamente contra los demagogos y reformistas. El parlamento, sin compasión ni consideración á la miseria cruel que devoraba á la clase proletaria y atenúa sus excesos, hizo causa comun con el ministerio; rechazó con indignación las peticiones que los obreros le presentaron á instancias de Cobbett y en cambio concedió casi unánimemente al gobierno las medidas excepcionales que había solicitado: la suspensión del *habeas corpus* hasta el 1.º de marzo de 1818, desde cuya fecha ningun ministerio inglés ha acudido á este extremo; una ley contra las asambleas que se reunieran con objeto revolucionario, y otras medidas análogas. El gobierno, no contento con estos poderes extraordinarios, los extremó arbitrariamente, á pesar de las protestas de la oposición; y solo cuando quiso amordazar la prensa estrellóse contra la rigidez de los tribunales. Cobbett se libró de las persecuciones del gobierno y de sus propios acreedores pasando á América.

Apenas hubo concluido el plazo de los poderes excepcionales fijado por el parlamento, volvió á levantar la cabeza el movimiento reformista, especialmente en los grandes centros industriales. La población obrera se persuadía cada vez mas de la verdad del principio de Cobbett, segun el cual la no participacion de los obreros en las tareas legislativas, es decir, su exclusion del parlamento, era la causa de todos sus males. Su conviccion en este punto era tanto mayor cuanto mas crueles eran sus privaciones y sufrimientos con la baja de los salarios y la subida de los precios de los víveres; mas esta vez ya no hubo excesos, excepto en algun caso aislado. En cambio el movimiento fué mas enérgico; una asamblea compuesta de muchos miles de obreros eligió en Birmingham por sí y ante sí un diputado para la cámara de los comunes, solo como manifestacion de su voluntad inquebrantable. Otra manifestacion pacífica é imponente, porque se calculó el número de concurrentes en 80,000, se celebró en Peterloo cerca de Manchester, presidida por Leigh Hunt (1), el insigne literato ultra-liberal. El gobierno, temeroso, hizo leer la ley contra los motines, que no pudo ser oída sino por una parte muy exigua de la asamblea, y como esta no se dispersara ni podía dispersarse en el momento, mandó á un destacamento de húsares que diera una carga á la masa compacta, cuyos individuos fueron acometidos por la espalda sin que los infelices pudiesen apartarse á ningun lado, de lo cual resultaron centenares de victimas muertas á sablazos ó aplastadas por los caballos. Fué una carnicería inútil que no hizo mas que exacerbar el odio y la desesperacion de los obreros, pero por lo pronto el gobierno explotó el terror de las clases altas para arrancar al parlamento nuevas leyes excepcionales. Obtuvo, pues, autorización para proceder sumariamente contra los que hablaban mal de las personas reales y del gobierno, para reprimir á los sediciosos y á la prensa, para prohibir los ejercicios militares sin licencia de la autoridad, para que los jueces de paz pudiesen hacer visitas domiciliarias en busca de armas prohibidas, y para suprimir por cinco años toda reunion política de mas de 50 personas, á no mediar permiso expreso. Estas disposiciones correspondian todas al sentido de las resoluciones odiosas adoptadas por el congreso de Carlsbad,

(1) Eminente literato inglés, el último representante de la brillante pléyade que formó el período magnífico de la literatura inglesa, que concluyó por el año 1840. Fundó entre otros el periódico liberal de Londres: *The Examiner*. Sus obras son muchas y de gran mérito. Murió en 1859, á la edad de 75 años.

mas para el pueblo inglés, acostumbrado á disfrutar libremente sus derechos políticos, fueron mucho mas odiosas todavia que lo habían sido para los alemanes, que nunca habían tenido derechos, las adoptadas por sus respectivos gobiernos. Hubo otra conspiracion llamada *de la calle de Caton* (Catostreet), fraguada por una pandilla de perdidos cuyo jefe era un tal Arturo Thistlewood, ex-oficial subalterno del ejército, que tenia por objeto nada menos que el asesinato de los ministros, el incendio de los cuarteles, el saqueo del banco de Inglaterra y la instalacion de un gobierno provisional; mas los ministros, advertidos hacia mucho tiempo, vigilaron á los conspiradores, los hicieron prender en el momento oportuno y los entregaron á la horca en febrero de 1820.

Por aquel mismo tiempo fué sofocada otra intentona de sedicion en Glasgow, con lo cual quedaron convencidos los radicales de la imposibilidad de lograr su intento por estos medios, que en realidad no aprobaba la inmensa mayoría, mientras la nacion en masa observaba con indignacion el terror, la debilidad y la persecucion brutal á que se entregaba el gobierno segun las circunstancias. Para acabar de hacer perder á la nacion el último vestigio de su respeto á la corona, despues de haberse la corona misma enajenado todas las simpatías, dióse prisa el príncipe regente, apenas hubo sucedido á su padre, que falleció en 29 de enero de 1827, á proceder al divorcio para deshacerse de su odiada esposa, dando razon así á su hija Carlota, que había dicho al consejero y amigo íntimo de su esposo, el príncipe de Sajonia-Coburgo: «Mi madre ha sido mala, pero no se habría maleado tanto si mi padre no hubiese sido mucho peor.» El nuevo rey Jorge IV, mientras continuaba su vida disoluta, manchando la corona que indignamente ceñía, rodeó á su esposa de espías en el extranjero para conseguir pruebas de su conducta culpable, y en especial de su relacion con su favorito Bergami, á fin de presentarlas al parlamento y romper su matrimonio. Los ministros quisieron disuadirle de entablar un pleito tan grave, pero con excepcion de Canning, que dimitió, cedieron por fin y presentaron á la cámara alta la demanda de divorcio del rey. La reina, rechazando el ofrecimiento de una renta anual de 50,000 libras esterlinas bajo la condicion de no volver á pisar el suelo inglés y de renunciar al título, honores y fueros de reina de Inglaterra, regresó al momento á este país, sin escuchar los consejos contrarios de su abogado Brougham, que era el jefe de la oposicion en el parlamento. El regreso de la reina adquirió mas importancia con la conduccion del partido whig, que tomó su defensa, mientras el pueblo, para mostrar su odio al rey, la recibió con aparatosos agasajos; de modo que ella menos que nunca quiso escuchar nuevas proposiciones ni permitir que se omitiese su nombre en las oraciones de rúbrica en las iglesias.

Escandalosas fueron las revelaciones de los testigos, pero no hicieron ni con mucho la impresion funesta que produjeron las malas y rastreras artes empleadas contra la reina y expuestas por Brougham en su brillante defensa, que fué una acusacion contundente contra el rey. Jorge IV solo tuvo en su favor la insignificante mayoría de nueve votos, lo cual determinó al ministerio, previendo la sentencia de la cámara de los comunes, á retirar la acusacion, confesando así, con inmenso júbilo del pueblo, su vergonzosa derrota. Por fortuna para todos, la reina murió al cabo de poco tiempo, en 7 de agosto de 1821, principalmente de impotente cólera por no haber podido conseguir el ser solemnemente coronada al lado de su esposo.

Estos escándalos del trono y los excesos brutales del populacho y de muchos obreros, constituyeron el período crítico del mal social; y como ni los unos ni los otros sacaron

á la masa del pueblo de la vias legales, gracias á la fuerza de la costumbre, empezó desde entonces el período de la curacion. El gobierno por su parte abandonó su sistema de represion implacable, convencido de que por este camino entraba en una pendiente que le obligaba á echar mano á cada paso de medidas cada vez mas duras y á pedir leyes cada vez mas injustas. Mejoróse la situacion material, que en el año 1819 había empeorado notablemente, con la órden que el parlamento, á propuesta de Roberto Peel, dió al Banco de Inglaterra para proceder gradualmente á efectuar sus pagos en metálico, suspendidos desde el año 1797, de tal suerte que desde 1.º de mayo de 1823 lo pagara todo en metálico y preferentemente en oro, á fin de que este fuese la base del sistema monetario en Inglaterra. Tan bien cumplió el Banco que resolvió el problema dos años antes del plazo fijado. Sin embargo, los efectos benéficos de la disposicion respecto del oro no se conocieron claramente sino muchísimo despues.

Por otra parte Canning con su gran golpe de política extranjera, que separó á la Inglaterra del derrotero de las grandes potencias del Norte, contribuyó á una feliz mudanza en la vida política interior del país. El ministerio tory, en el cual había entrado Wellington á su regreso de Francia, sintió la necesidad de rejuvenecerse con elementos frescos como Roberto Peel, Wynn, Robinson y Guillermo Huskisson; pero este rejuvenecimiento fué el primer paso para su descomposicion. Con la muerte de Castlereagh murió tambien y para siempre la política tory en lo que tenia de vetusta y abiertamente reñida con el tiempo moderno. Desde que Roberto Peel, en la discusion de la ley respecto del Banco de Inglaterra, se había atrevido á declarar en 1823 á la faz de la cámara y del país que su conviccion estaba para él por encima de la voluntad y de la disciplina de su partido, y desde que en el mismo año había agregado sus esfuerzos á los de Macintosh para humanizar el código penal de Inglaterra, lo cual consiguieron en efecto, habíanse ido desmoronando lentamente los enmohecidos, pero todavía soberbios, baluartes del antiguo gobierno aristocrático tory; sus elementos jóvenes, de año en año mas numerosos, siguieron, á la verdad, defendiendo el edificio principal, pero fueron abandonando aquellas obras exteriores que el tiempo había probado ser de todo punto insostenibles. Mas de una vez sucedió que los toros mas moderados fueron los que realizaron ellos mismos las reformas que habían combatido hasta el instante crítico, para no dejar á sus contrarios la gloria del triunfo.

Tambien salió el partido whig de su rutina, dirigiendo su actividad á objetos justos y dignos, como eran las reformas interiores, que le reportaron honra y gloria. Una de las reformas mas urgentes era la que reclamaba la hacienda desorganizada, que á pesar del restablecimiento de la paz tenia necesidad en cada ejercicio de acudir á empréstitos para hacer frente á los intereses de la siempre creciente deuda nacional. Hicieronse economías, reduciendo las innúmerables pensiones y sinecuras, consolidando y convirtiendo empréstitos ruinosos; pero el verdadero cambio económico data del nombramiento, debido á Canning, del eminente Huskisson para presidente del departamento del comercio en 1823. Este hombre fué el primero que descubrió que la política económica de Inglaterra iba completamente extrañada, y que era indispensable quitar á la agricultura, á la industria y al comercio las ligaduras que les impedían desarrollarse y tomar el vuelo, sin el cual jamás podían llegar á facilitar al gobierno los recursos necesarios para hacer frente á la terrible deuda que gravitaba sobre el país. Las medidas que en un principio se habían introducido para proteger

aquellas fuentes de la riqueza nacional se habían vuelto con el tiempo cadenas que impedían sus movimientos, y era de consiguiente preciso romperlas. Animado por el ejemplo de la Prusia, dió los primeros pasos para llegar del sistema de prohibicion al de reciprocidad suavizando algunas crueldades de la ley de navegacion, primero á favor de los Estados Unidos y mas adelante á favor de la Prusia y de algunos otros Estados que habían tomado otras medidas perjudiciales por via de represalias ó para embotar el efecto de aquellas. Sucesivamente puso la mano en otros monopolios é institutos privilegiados. Una primera tentativa hecha en el ramo de sederías rebajando los derechos prohibitivos, dió un resultado brillantísimo, porque en el plazo de dos años duplicó la industria sedera inglesa. En 1825 publicó el gobierno un nuevo arancel mas liberal y concedió á los obreros con una nueva ley, el derecho de asociacion y el de libre traslacion, reformas todas que ningun ministro inglés se había atrevido á imaginar siquiera, pero tambien pagó el país el aprendizaje, que resultó muy caro. Las nuevas y extraordinarias facilidades concedidas al comercio y á la industria, unidas al vuelo que les dió el reconocimiento de las repúblicas de la América central y meridional por el gobierno inglés, avivaron la especulacion, y á las 276 sociedades por acciones que ya existian, se agregaron en el solo año de 1825 otras 286. Antes de acabar aquel año vino por consecuencia la catástrofe; quebraron además de otras sociedades, 73 bancos, arrastrando en su caída una multitud de casas de comercio; el mismo Banco de Inglaterra empezó á oscilar; su reserva en metálico quedó reducida á un millon de libras esterlinas y se evitó el cataclismo final porque el gobierno cedió al clamoreo general y permitió la suspension de los pagos al contado. En los centros fabriles llegó la miseria á un grado inconcebible y fué, á su vez, la causa de la modificacion de las odiosas leyes protectoras de los cereales, tanto mas cuanto que ninguna ventaja habían producido á la larga á la agricultura indígena, cuyos apuros venian de la cosecha excesivamente abundante del año 1820, que había hecho bajar el precio corriente de 100 pesetas á 57<sup>62</sup> pesetas. Esta vez concedió el parlamento por dos años al trigo extranjero entrada libre en el reino, hasta una cantidad máxima fijada, y en 1828 pasó una ley, despues de haber sido desechada en la legislatura anterior por la cámara alta, que fijó un derecho variable á los trigos extranjeros, de tal manera que los trigos indígenas quedaban favorecidos hasta el precio máximo de 64 chelines, pasado el cual disminuía gradualmente el derecho que pagaban los extranjeros á su entrada en Inglaterra.

Paralelamente con esta primera brecha abierta en el monopolio económico de la aristocracia territorial, vió esta asediada tambien sus monopolios políticos y eclesiásticos. El parlamento inglés no era ninguna representacion nacional en el sentido moderno, como el congreso de los Estados Unidos ó la constituyente francesa del año 1789. El derecho de enviar representantes á la cámara de los comunes había sido en su origen una merced real concedida por los soberanos á tal ó cual corporacion, señorío ó arrendatario. Había caído en desuso esta prerogativa de la corona, pero no habían cambiado los electores ni se había aumentado el número de representantes. Muchas aldeas habían desaparecido y muchos castillos feudales yacian desde siglos en ruinas, pero el derecho afectó á unas y á otros de enviar diputados á la cámara continuaba vigente y lo ejercía el propietario de los terrenos donde habían estado situados aquellos castillos y lugares, mientras ciudades grandes, opulentas y populosas de origen mas reciente, no tenían ningun representante en el parlamento ó á lo mas enviaban uno ó dos. Ya en tiempo